

Estableció despues una escuela, y enseñó desde luego con tanta reputacion, que acudian á ella de todas las Galias, no solo los niños y los estudiantes, sino tambien los maestros mas famosos. Viéndose entonces Berengario mas abandonado que nunca de sus discípulos, buscó en la carrera teológica, que le era enteramente desconocida, un nuevo pábulo para mantener la curiosidad, ó por lo menos un freno contra la desercion. Interpretó de un modo contrario á toda la antigüedad los pasages de la Escritura que enseñan la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, se declaró contra Pascasio Ratberto, célebre entre los doctores que la habian sostenido unánimemente en el siglo nono y en todos los demás, y dió grandes elogios á Juan Escoto, que parecia haberla impugnado en el mismo tiempo, bien que con poco estrépito y con menor efecto. Escandalizado Lanfranco de la celebridad peligrosa que daba el novador de Tours á Juan Escoto, se esforzó á refutar en su escuela á aquel escritor pernicioso, y á vindicar la doctrina católica de Pascasio; con cuyo motivo le escribió Berengario en estos términos. „He sabido, hermano mio, por Enguerran de Chartres, que censuras y tienes por herético el modo de pensar de Juan Escoto acerca del Sacramento del altar en todo lo que es contrario á tu favorito Pascasio. Si esto es así, no has hecho buen uso de tu ingenio, el cual no es despreciable, pero le falta todavía mucho estudio en la ciencia de la Escritura; y si te parece herege este doctor, cuyas opiniones apruebo yo, debes pensar lo mismo de

Ambrosio, Gerónimo y Agustin, por no hablar de los demás.”

Por esta carta, que fue delatada al concilio de Roma, se juzgó de los sentimientos heréticos de Berengario, el cual fue condenado en él y privado de la comunión. Pero como estaba ausente, se le citó al concilio convocado en Vercelli para el dia 1.º de Setiembre del mismo año, á fin de oír su defensa. no44. Entretanto se aprovechó de la ausencia de Lanfranco, que fue llamado al concilio de Roma, y procuró esparcir sus errores en Normandía. Fue al monasterio de Preaux, que acababa de fundarse en la diócesis de Lisieux y respiraba todo el fervor de un instituto primitivo. Roberto, último duque de Normandía, le habia favorecido con sus beneficios; y á fin de transmitir sus sentimientos de benevolencia á Guillelmo su hijo y heredero, le eligió por testigo de las disposiciones de su liberalidad con otros muchos jóvenes distinguidos, á quienes se dió una bofetada para que conservasen la memoria de lo que veían: práctica antigua, y que sirve para esplicar lo que se egecuta cuando se da la confirmacion á los niños (1). Luego que Ansfredo, abad de Preaux, oyó á Berengario, se horrorizó de una doctrina tan contraria á la creencia comun, por lo cual pasó prontamente el novador á verse con el duque Guillelmo, figurándose que le seria mas fácil sorprenderle á causa de su corta edad; pero mostrando ya este Príncipe la superioridad y rectitud de juicio de que dió

(1) *Durant. Trofarn. part. 9. pag. 106.*

te que te has separado de la unidad de la Iglesia, enseñando que la hostia inmaculada que se ofrece todos los días y en todas partes en nuestros altares, no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, sino una simple figura y una semejanza. Te suplico, pues, por las misericordias eternas, y por la memoria inmortal de nuestro incomparable Maestro, que no turbes la paz de la Iglesia, por la cual han peleado tantos millares de mártires y santos doctores, y han prodigado su sudor y su sangre, defendiéndola de tal modo que están ya igualmente confundidos todos los hereges que ha habido y puede haber en lo sucesivo.”

Esta exhortacion patética, y los argumentos sólidos con que establecia Adelman en la misma carta la creencia comun de la Eucaristía, eran sin duda alguna muy á propósito para hacer una sensacion eficazísima. Pero los que llegan á formar un partido, solo atienden por lo comun á su sistema y á su gloria. Así sucedió á Berengario que continuó trabajando en aumentar su secta con sus discursos, con sus escritos y con sus emisarios, y se dedicó con especial cuidado á adquirir protectores y partidarios entre los obispos, seduciendo en efecto á Bruno de Angers y á Frolando de Senlis. Temieron entonces los demás obispos del reino el peligro que amenazaba á la Religion, y dieron parte de sus recelos al Rey, el cual convocó un concilio en París para mediados de Octubre del año 1050, mandando á Berengario que concurriese á él.

49. Al plazo indicado llegaron al concilio un gran número de prelados, de eclesiásticos sabios y de señores piadosos, juntamente con el Rey Enrique (1). Pero lejos de comparecer el herege, se mantuvo oculto en Angers á la sombra del obispo que le favorecia. Sin embargo, se procedió contra él. Se leyeron sus escritos con atencion, y al principio se oyeron con mucho silencio; mas su doctrina impía escitó muy en breve la indignacion general, manifestándose esta con el ruido tumultuario de los concurrentes. El autor fue condenado al momento de comun acuerdo, como tambien el libro de Juan Escoto. Habiéndose mostrado el Rey y los señores mucho mas irritados que el clero contra los enemigos del misterio adorable que forma el objeto mas sagrado del culto público, se decretó que si no confesaban y condenaban sus errores aquellos sectarios, iria á castigarlos el ejército francés, llevando al frente á los eclesiásticos en hábitos sacerdotales. Quedaron consternados los novadores luego que llegó á su noticia esta resolucion, y los menos obstinados abjuraron sin dificultad la nueva heregía. Pero no tardaron los gefes de la secta en hallar el medio de conjurar esta tempestad á fuerza de artificios, y con la proteccion que supieron conseguir. En especial el obispo de Senlis dominó de tal modo el ánimo del Rey, y le hizo tantos elogios de las virtudes y de la piedad de Berengario, que engañándose el Príncipe, como suele suceder á todos los grandes en esta clase de materias,

(1) *Durant. Trofarn. ubi supr.*

no pudo persuadirse que fuese herege un eclesiástico tan piadoso, y aun temió ser el instrumento de la envidia, enemiga y perseguidora del mérito. En una palabra, sin mudar de opinion el Rey Enrique, mudó de procedimientos, ó á lo menos mostró mucha condescendencia en este punto. Así se inutiliza frecuentemente por la intriga y la hipocresía el celo de los mejores Príncipes; y el error que pudieran haber sofocado en su origen sin ningun trabajo, echa despues tales raices que es casi imposible estirparle.

50. El deseo de remediar enteramente los males de la iglesia de Francia, movió al Papa Leon á volver á este reino poco despues del concilio de Vercelli; pero disimularon por entonces los novadores, y no vemos que tuviese ningun motivo para quejarse de que no se trataba seriamente de reprimirlos. Allí se empleó en otro objeto mucho mas acomodado á sus piadosas inclinaciones, nombrando á San Roberto en 1052 abad de la *Chaise-Dieu*, asilo sagrado de las mas puras virtudes, llamado con justa razon Casa de Dios, *Casa Dei*. El santo fundador era hijo del conde Geraldo, descendiente de la familia de San Geraldo de Aurillac (1). Pasó la juventud en una inocencia admirable adelantando de dia en dia en el camino de la virtud, y no obstante que era sacerdote y canónigo de San Julian de Brioude, tomó por último la resolucion de consagrarse á Dios en la soledad. Se llevó consigo á Estévan y á Dalmacio, dos hombres de distincion, á quienes habia inspirado los

(1) *Sæc. VI. Bened. part. 2. pag. 188.*

sentimientos mas religiosos, y se retiraron los tres á una iglesia medio arruinada, que era propia de dos hermanos canónigos de Puy, los cuales se la cedieron fácilmente con el desierto que habia en sus inmediaciones. Uno de estos dos hermanos, llamado Arberto, pasó despues á acompañarlos en aquel género de vida. Tuvieron mucho que padecer no solo con motivo de la esterilidad del terreno, sino tambien por la grosería y barbarie de las gentes del pais, que les insultaban todos los dias. Pero triunfaron de todos los obstáculos con su trabajo y paciencia; y fueron tantas las personas que se presentaron, solicitando vivir bajo la direccion de Roberto, que formó este el designio de establecer un monasterio; lo que egecutó con la aprobacion del obispo de Clermont, previo el consentimiento del Rey Enrique y del Papa Leon, los cuales espidieron sus respectivos decretos en el citado año 1052. Sin contar el santo abad con mas ausilios que los de la Providencia, reparó cincuenta iglesias que se arruinaban, y vió hasta trescientos monges en su monasterio, que fue despues cabeza de una congregacion numerosa bajo la regla de San Benito. Gobernó su comunidad por espacio de quince años, obrando tantos milagros despues de su muerte, que muy remotos sus religiosos de esparcir prodigios falsos en honor suyo, le rogaron que no turbase su soledad y recogimiento con unas maravillas que conducian al desierto un concurso incesante de todo género de personas.

51. Recibió tambien el santo Papa Leon IX mu-

cho consuelo con los frutos saludables que producía entonces en la iglesia de Francia la santa institución de los canónigos reglares que principiaba á dilatarse por este reino. Habíase observado mucho tiempo antes que los clérigos de varias iglesias vivían en comunidad, guardando una regla determinada y con superiores que les mandasen; pero como en medio de este género de vida conservaban la propiedad de sus bienes y la facultad de disponer de ellos según les pareciese, no se les podía dar propiamente el nombre de religiosos. San Agustín instituyó en África esta clase de canónigos que no poseían ninguna cosa en particular; pero es muy dudoso que los hubiese en las Galias antes del establecimiento de la congregación de San Rufo de Aviñon, cuyos fundadores fueron en el año 1039 cuatro eclesiásticos piadosos llamados Arnaldo, Odilon, Poncio y Durando. Sasualon estableció en el mismo año otra comunidad semejante al otro extremo de Francia en un sitio llamado Falempin, con la aprobación y mediante las liberalidades de Hugo, obispo de Noyon y de Tournai. Formáronse después muchos establecimientos de esta clase, mas bien ordenados y mas egemplares que los de los monges, supuesto que la mayor parte de estos últimos rehusaban abrazar la reforma.

52. Cuando el Sumo Pontífice confirmó á los franceses en todos sus designios piadosos, regresó á Alemania, donde asistió con San Hugo de Cluny al bautizo de un hijo del Emperador, de quien era padrino el santo abad. Diéronle al abad Hugo una prueba

mas importante de confianza y estimación, enviándole á Hungría para poner freno á las turbulencias de aquel reino, y negociar entre el Emperador y el Rey la paz que en efecto quedó ratificada. Restituyóse Leon á Italia, donde celebró otro concilio, y depuso á algunos obispos escandalosos. Volvió por tercera vez á Alemania este Pontífice infatigable en el mismo año de 1052. Algunos juzgarán sin duda ajenos de la Cabeza de la Iglesia unos viajes tan largos y tan frecuentes: pero eran tan grandes los desórdenes en muchas partes, y de un egemplo tan pernicioso la multitud, las circunstancias y la audacia de los reos, que sola la presencia de Pedro, encargado de confirmar en la fe á sus hermanos, podía poner un dique al torrente de la corrupción, y dar á las iglesias de occidente el vigor necesario para resistir al mayor de los escándalos que iba á ofrecerlas el oriente, llevando á cabo su separación cismática.

53. Opinó entretanto Leon IX que estaba obligado á pasar á aquellas provincias de Italia, que por último habían sujetado los normandos á una dominación tan débil en sus principios. Desde la gloriosa defensa de Salerno por los cuarenta peregrinos de aquella nación, no habían despreciado sus hábiles compatriotas los repetidos convites de los italianos, que los habían invitado á que corriesen á participar de la suavidad de su clima, y de los bellos frutos de una tierra tan feliz. Pero el amor de la gloria fue un aliciente mucho mas fuerte para el valor de

despues unas pruebas tan brillantes, creyó que no debia decidirse por sí solo en materias de Religion. Detuvo, pues, á Berengario, y reunió las personas mas hábiles de sus estados en la villa de Brionne cerca de la abadía de Pico.

45. Compareció Berengario con un discípulo suyo, en cuya elocuencia confiaba mucho; pero fueron refutados con tanto vigor, que se vió reducido á un silencio vergonzoso, y despues á la confesion forzada de la fe católica; pero apenas salió de esta conferencia, escribió á sus ciegos sectarios una carta llena de sus blasfemias acostumbradas, y aun tuvo la audacia de tratar en ella de herética á la iglesia romana, y de imponer la misma nota al Papa San Leon por vengarse de los normandos que estaban unidos en la fe con la santa Sede, y de la excomunion fulminada contra él en el concilio de Roma. Sin embargo, no tuvo por conveniente entrar en una esplicacion individual de lo que habia pasado en Brionne, difiriendo responder á ello, como él decia, hasta que hubiese confundido al Papa y á los romanos en el concilio que iba á celebrarse en Vercelli.

46. Pero se guardó muy bien de asistir á esta augusta asamblea, á la que dan muchos autores el título de concilio general, y en efecto asistieron á ella obispos de todas las partes del mundo (1). No obstante, deseando guardar todavía algun miramiento, ó por mejor decir, proponiéndose el objeto de alucinar mas y mas á sus partidarios, envió dos eclesiásticos que

(1) *Herm. Chron. ad ann. 1050.*

puadiesen denigrar despues sus procedimientos, y hacer sospechosa su legitimidad. Lanfranco, á quien habia obligado el Papa á quedarse en su compañía, como que era un hombre de los mas instruidos en el sistema del heresiarca, concurrió puntualmente á Vercelli. Se leyó allí en público el libro de Juan Escoto, que fue proscrito por unánime consentimiento de todos. Se espusieron despues las opiniones de Berengario, el cual desde el último concilio no habia hecho otra cosa que suministrar nuevas pruebas de sus errores: y se confirmó su condenacion á pesar de los artificios de sus emisarios. Apenas abrieron la boca para defenderle, manifestaron todos los obispos el horror con que miraban aquella doctrina. En este mismo concilio suspendió el Papa de sus funciones á Hunfredo de Ravena por haber faltado al respeto debido á la iglesia de Roma. Desde que aquella ciudad empezó á ser la silla principal de la autoridad de los griegos en Italia, conservaban sus arzobispos una altivez y unas pretensiones exorbitantes, las cuales perjudicaban especialmente á los patriarcas de Grado. Al mismo tiempo que Leon IX castigaba á Hunfredo, concedió el palio á Domingo de Grado, con la prerogativa de hacer que llevasen la cruz delante de él. Pero esta antigua disputa no quedó todavía decidida, ni lo fue hasta tres años despues en que el mismo Papa decretó en su concilio que el patriarca de Grado, por otro nombre la nueva Aquilea, seria metropolitano de las dos provincias de Istria y Venecia, segun los privilegios de los Sumos Pontífices.

47. Sin esperar el éxito del concilio que se celebraba en Italia, iba Berengario haciendo de día en día nuevos progresos en las Galias; y como le era muy sensible la humillacion que habia sufrido en la conferencia de Brionne, publicó una carta dirigida á un sabio religioso del Pico, llamado Ascelino, que habia sido uno de sus mas terribles antagonistas en la disputa, proponiéndose con esto cubrir la confusion y vergüenza de su derrota, y sostener á sus partidarios en medio de la indecision en que se hallaban (1). Niega en este escrito que se le hubiese reducido á confesar que Juan Escoto habia errado en materia de fe; y esplica con sus artificios ordinarios la confesion que se le habia obligado á hacer en este punto: á lo cual añade, que no se puede tratar de herege á aquel autor sin temeridad, injusticia é impiedad, y que al contrario opinando con la única autoridad de Pascasio, que no queda nada de la sustancia del pan y vino en el Sacramento del cuerpo del Señor, se adoptaba una opinion no menos contraria al sentido comun que á la doctrina del Evangelio y del Apóstol San Pablo. En la refutacion que publicó Ascelino, empieza manifestando la nueva impostura de Berengario, y á fin de confundirle con argumentos de hecho, pone por testigos á cuantos asistieron á la conferencia, de que habia convenido en que era herética esta proposicion particular de Juan Escoto: esto se hace en la apariencia y no en realidad: *specie ista geruntur, non veritate*. Despues

(1) *Apud. Lanfr. tom. 9. pag. 24.*

demuestra que la opinion atribuida únicamente á Pascasio es un dogma de la Iglesia universal; que es en todo conforme á la doctrina de los Evangelistas y á la del Doctor de las naciones; y en fin que no contiene ninguna cosa contraria á la naturaleza, cuyas leyes esenciales no son mas que la voluntad omnipotente del Criador.

48. En las mismas circunstancias Adelman, maestro-escuela de la iglesia de Lieja y despues obispo de Brescia, escribió á Berengario una carta concebida en estos términos (1): „Hermano mio, carísimo hermano mio, porque bien puedo darte este tierno nombre en memoria de la dulce compañía en que hemos vivido en Chartres, tú mas jóven, y yo de alguna mayor edad en la santa escuela del Sócrates cristiano nuestro venerable Fulberto: acuérdate, hermano mio, de las conversaciones que este padre eternamente memorable tenia por la noche con nosotros en el huertecito inmediato á la capilla. Dirigiéndonos allí la palabra con tanta ternura que muchas veces no le permitian hablar las lágrimas, no cesaba, bien lo sabes, de repetirnos: hijos míos queridos, seguid siempre los caminos trillados, y andad cuidadosamente por donde anduvieron los padres, sin apartaros jamás á derecha ni á izquierda. Líbrete Dios, carísimo hermano mio, de caminar por senderos estraviados. Apresúrate á desmentir los rumores que se han esparcido contra ti aun en Germania, y aumentan de día en día mi dolor en esta tierra estrangera. Me dicen continuamen-

(1) *Analect. pag. 397.*